

**Raul Miguel Rosado Fernandes.—O TEMA DAS GRAÇAS NA POESIA CLASSICA.**—Lisboa 1962 y Paris, Sociéte d'Édition «Les Belles Lettres». XII y 416 pp.

El joven investigador portugués Rosado Fernandes, alta esperanza de la filología clásica, nos ofrece en este libro, tesis doctoral, pero de un nivel muy superior al que suelen tener las tesis en cualquier país, un recorrido, exhaustivo y lleno a la vez de la más exquisita amenidad y de la más depurada y metódica precisión erudita, a través de la totalidad de la poesía clásica, griega y latina, desde Homero hasta Museo y Draconcio, en la medida en que en ella aparecen mencionadas las Gracias. Un primer y extenso capítulo, que sirve de introducción general, trata de los nombres, número y genealogía de las Gracias, y de los aspectos culturales e histórico-religiosos de esas divinidades, terminando con una reseña sobre su representación plástica a lo largo del arte griego y romano. Toda esta introducción, que está hecha con gran tino sobre una amplísima información bibliográfica, plenamente al día, es, sin embargo, lo que menos vale de este trabajo, puesto que el reino de la historia de la religión y de los estudios culturales está invadido por una plaga de hipótesis y de teorías conjeturales, con base en general predominantemente arqueológica y epigráfica, y con frecuencia enteramente ajena a la mitografía, y es imposible adentrarse en él sin dejarse dominar en mayor o menor medida por la conjetura. Ahora bien, como no se puede prescindir de ese adentramiento al tratar de un modo completo un tema mítico como el de las Gracias, es ya un notable mérito de Rosado Fernandes el no haber caído en la tentación de añadir alguna nueva hipótesis a las ya formuladas, y el haber trazado con laudable discreción la historia de la veneración de las Gracias examinando diestramente la totalidad del material disponible.

Pero lo que verdaderamente da un valor extraordinario a este libro son los tres capítulos que siguen, en los que se nos da precisamente lo que nos prometía el título de la obra, esto es, el atento examen de todos los

pasajes poéticos, además de otros muchos prosaicos pertinentes, en que se habla directa o indirectamente de las Gracias. Ya la propia elección de este tema es un indicio del buen gusto y de la sensibilidad poética de Rosado Fernandes, auténtico φιλόκαλος, cualidades que confirma brillantemente a lo largo de ese recorrido, con lo que se demuestra, una vez más, que el rigor científico y las exigencias metódicas de una disciplina tan sólida como la filología clásica (la que dispone de una bibliografía más perfecta entre todas las ciencias, incluidas las matemáticas, físicas, tecnológicas, etc., según la más alta autoridad en materia bibliográfica, que es sin la menor duda la Srta. Malclès) no sólo no están reñidos, como pretenden los romos apóstoles de la zafiedad aplebeyada que tanto abunda en nuestros días, con la más exquisita φιλοκαλία, sino que es al revés, sólo por la conjunción feliz de la sensibilidad estética con la genuina sapiencia y la erudición acrisolada como se pueden hacer trabajos filológicos de valía. Y así van pasando ante nuestros ojos Homero, Hesíodo, el ciclo épico, la referencia a Onomácrito en Pausanias, Paníasis, la elegía, el epigrama, la lírica monódica, la lírica coral, la tragedia y la comedia hasta el final del clasicismo estricto, con adecuadas observaciones; y así, igualmente, la poesía helenística y la griega del Imperio en los géneros elegíaco, bucólico, épico y epigramático, y la poesía romana, desde Horacio hasta Draconcio. ¡Qué gozo es encontrarse una vez más con las egregias dotes poéticas de Platón, que tan dichosamente desmienten y minimizan los alegatos antipoéticos de sus afanes de arreglar el mundo! Así en este dístico suyo que se encuentra en una de las biografías de Aristófanes (en el número XII de los *Prolegomena de comoedia* de la edición Dübner, y reproducido también en el número XV, que es la biografía redactada por Tomás Magistro)

Αἱ Χάριτες τέμενός τι λαβεῖν ὅπερ οὐχὶ πεσεῖται

ζηλοῦσαι, φυγὴν εὖρον Ἀριστοφάνους

'Las Gracias, deseando poseer un templo que nunca cayese, encontraron el alma de Aristófanes'. Bien merecía ese epigrama figurar entre las docenas de epigramas de Platón que se encuentran en el riquísimo tesoro de la Antología Palatino-Planudea, de entre cuyas infinitas joyas no ha omitido Rosado, naturalmente, mencionar los epigramas referentes a las Gracias de los helenísticos Leónidas de Tarento y Meleagro de Gádara, y de los justinianeos, águilas del epigrama erótico, Rufino y Paulo Silenciaro. En unos y otros reaparece siempre de algún modo, marcando dichosamente la perennidad incorrupta de la más pura tradición poética,

la alta concepción de la misión de las Gracias y a la vez de los ideales poéticos clásicos que contienen esos *cola* líricos del *Hércules* de Eurípides que el joven Wilamowitz escogiera, al dejar los bancos escolares de la Alma Mater de Schulpforta, como epigráfico lema de su gran trabajo sobre esa tragedia: 'No cesaré de unir estrechamente a las Gracias con las Musas, la más dulce de las alianzas. No quisiera yo vivir privado del arte, quisiera estar siempre entre coronas', con la idea de la asociación de Musas y Gracias que procede del himno homérico XXVII, a Artemis, vv. 13-15, y de Safo en pap. Oxyrrh. 2294.

Rosado Fernandes distingue cuidadosamente, en sus comentarios a los sucesivos textos sobre las Gracias, los diferentes sentidos de la palabra, que van desde la neta personalidad divina de estas compañeras de Cipris y patrocinadoras, con ella, de la belleza dondequiera que se encuentre, hasta el mero nombre común y abstracto, pero evocador siempre del agrado y del encanto. Una especie de síntesis de todos estos sentidos, con la hermosa carga de catorce siglos de tradición, viene a ser la mención de las Gracias en la descripción de Hero por Museo: 'Muchas eran las Gracias que fluían de sus miembros; los antiguos mintieron al decir que las Gracias son tres, porque un solo ojo riende de Hero de cien Gracias estaba florecido'. No importa que Nono, en una de sus muchas menciones de las Gracias, hable de las 'filas de las trescientas Gracias'; que Museo dependa de Nono dista mucho de estar probado, y, sin dejar de reconocer los méritos extraordinarios de un poema tan inmenso como las *Dionisiacas*, el *Hero* y *Leandro* será siempre una de las creaciones más felices y definitivas en el género del epilio, el mejor, sin la menor duda, de todos los epilios que poseemos.

Permítaseme ahora, a propósito de la madre de las Gracias, la Océánide Eurínome, una pequeña digresión, acerca de algo que, aunque no afecta a las Gracias, no puede considerarse enteramente ajeno a ellas, puesto que afecta a la que más generalmente pasa por ser su madre. Se trata de la imagen de Eurínome terminada en pez por abajo, imagen existente en Figalia, ciudad de Arcadia, según Pausanias VIII 41,6 (aunque dice que él no la vió y que sólo oyó decir a sus habitantes que era una estatua de madera con forma híbrida, de mujer hasta los muslos y el resto de pez). Esta figura, que es la que las Sirenas tienen a partir del siglo VI de nuestra era, y que parece haber sido adscrita alguna rara vez (nunca en la literatura) a las Nereidas y a las Tritónides, es propia sólo de divinidades marinas masculinas, los Tritones y Glauco; Eurínome es, pues, el único precedente casi seguro de esa figura híbrida en divinidad femenina, nada menos que en una imagen del culto y venerada

en un templo famoso (aunque Pausanias al hablar de esta imagen no dice que esta Eurínome es la madre de las Gracias, no parece haber ninguna otra divinidad llamada Eurínome, y Pausanias conoce los testimonios de Hesiodo y de Onomácrita sobre esa maternidad, que cita en IX 35,5). ¿Cómo esa figura híbrida terminada en pez llegó a trasladarse a las Sirenas que jamás fueron así imaginadas antes de la época de Justiniano? Nadie lo ha aclarado jamás, y menos ahora que nunca. A lo que sobre esta materia he dicho en la nota \*42, p. 204 de mi edición de las *Metamorfosis* de Ovidio, hay que añadir lo siguiente. Que la cola de pez se adscribió a las Sirenas en el siglo VI p. C. no se supo hasta que uno de los más admirables eruditos del siglo XIX, Berger de Xivrey, publicó, en 1837, dentro de sus *Traditions tératologiques*, el curioso libro *De monstris* (que tiene también otros títulos como *De diversis generibus monstrorum liber*, *Liber monstrorum de diversis generibus*). Berger de Xivrey lo dató en el siglo VI, y esta datación sigue siendo verosímil a pesar de la opinión de Max Manitius, que lo asigna al siglo VII o incluso al VIII basándose en una pretendida utilización de las *Etimologías* de San Isidoro que dista mucho de ser demostrable (Gesch. lat. Lit. Mittel, I 114-116). La obra sólo ha vuelto a ser editada por Moritz Haupt, en el tomo II de sus *Opuscula* (Leipzig, 1875-1877), y en ella (VIII 25) se encuentra la atribución a las Sirenas de la figura de mujer-pez. A lo largo de la Edad Media y en el Renacimiento coexisten en la plástica para las Sirenas la figura antigua de mujer-pájaro y esta nueva de mujer-pez, aunque con predominio de esta última, predominio que en la literatura llega a ser exclusividad, hasta el extremo asombroso, casi increíble, de ser así definidas, ¡y citando a Ovidio!, en el diccionario de Calepino. Muy buenas precisiones, aunque, como siempre en esta materia, de pasada y sin pretensión alguna de exhaustividad, se encuentran, con base en los Fisiólogos y Bestiarios publicados por Cahier y Martin en sus preciosos *Mélanges d'archéologie* etc., II 169 s., 172, 177, 213 s., en E. Mâle, *L'art religieux du XII<sup>e</sup> siècle en France*, París, 1953<sup>o</sup> 335-337, según el cual la sirena-pez no se encuentra «guère» en el arte antes del siglo XII (por cierto que, al citar un dístico de la fachada de Saint-Sernin de Toulouse, en el que se describe la figura híbrida de un centauro, seguido de un hexámetro con la descripción de una sirena-pájaro, hay un error de métrica por indebida colocación de las palabras: no es *Juncta simul faciunt unum corpus corpora duo*, sino

Juncta simul faciunt unum duo corpora corpus  
pars prior est hominis, altera constat equo.

*Corpus avis, facies hominis volucris manet isti,*

como puede verse en la *Histoire Tolosaine* de Antoine Noguier, 1556, p. 66). Absolutamente nada interesante sobre esta cuestión se encuentra en el libro reciente *Töchter des Meeres. Von Nixen, Nereiden, Sirenen und Tritonen*, Hamburg 1962 (traducción del inglés publicado con el título *Sea Enchantress*, London 1961), de G. Benwell y A. Waugh.

Terminamos congratulándonos de la aparición de este espléndido trabajo de Rosado Fernandes, que nos hace esperar para el futuro otros igualmente agradables.

*Antonio Ruiz de Elvira*